

cristianos. Desde las cuatro de la mañana recorrían las calles de sus respectivos rumbos, al són de una chirimía que en cada bocacalle lanzaba sonidos agudos y destemplados. El Jefe de cada caravana dirigía la marcha procurando no encontrarse con la contraria, para evitar un conflicto; pero cuando ese Jefe era algún moro ó cristiano imprudente, amigo de escándalos y riñas, buscaba, al contrario, el modo de que las caravanas se encontraran en la calle divisoria, y entonces se verificaban terribles combates entre los moros y los cristianos, á palos, pedradas y cuchilladas, de las que resultaban algunos muertos, heridos y contusos. Durante esos nueve días y siete ú ocho después, habia corridas de toros dos ó tres veces á la semana en plaza improvisada frente á la puerta de la Iglesia.

A esa plaza le dejaban un tramo sin cubrir como de tres varas en cuadro, recto á la misma Iglesia, y la imagen de Santiago la colocaban en el presbiterio en dirección del mismo tramo abierto, para que desde allí presidiera y disfrutara de los toros.

El tiempo que duraba esa diversión, servía de tregua á las hostilidades entre los moros y los cristianos, pero al terminar se retiraban unos y otros para sus respectivos rumbos. El día de la función de Iglesia, era el señalado para el combate decisivo. Este se les permitía sin que hicieran uso de armas ó instrumentos ofensivos; en la misma plaza del pueblo era el encuentro, y los proyectiles con que se batían, naranjas ó limas.

En lo mejor de la batalla aparecía Santiago Apostol, montado en un brioso corcel, armado de espada y lanza de cartón; no dejaba ni un moro con vida, y luego el repique, los cohetés y los vivas de los espectadores, celebraban el triunfo de los cristianos.

Después de la misa clásica, se reunían vencedores y vencidos, en uso los que habia sucumbido en el combate, que para esa hora ya habian resucitado; y debajo de grandes enramadas, en una de las casas de los principales del barrio, comían alegremente el asado de res, cabrito al horno y los populares frijoles, ayudando á la digestión con el pulque compuesto y el colonche. En la tarde salía la procesión del Corpus, á la que concurrían de todas las Villas y mucha gente de la ciudad.

En Tlaxcala y en San Miguelito habia también danzas.

vestidos los indios en traje de carácter, y el pito y el tambor no dejaba de oirse durante los nueve días en todas las calles de los pueblos.

De las lujosas procesiones del Jueves y Viernes Santo en la ciudad, la más inmediata que seguía era la del Divino Pastor. Habia dos estufas ó carruajes pertenecientes á la Parroquia de la ciudad, destinados para llevar el Viático á los enfermos. Tenian su construcción, pintura y adornos especiales, consistentes los últimos en una estatua de la Fe al frente del vehículo, un cordero en cada una de las portezuelas y en el respaldo un ojo en medio de resplandores.

El carruaje de menos lujo era para el uso diario. Según el número de enfermos que necesitaban el Sacramento de la Eucaristia y la distancia á que estaban sus habitaciones, salía el Viático más ó menos temprano al caer la tarde; precedían al carruaje un hombre tocando una campanilla, otro con una mesa y ornamentos para improvisar el altar en las casas de los pobres y otros ocho ó diez con faroles grandes de vidrio colocados en la extremidad de un palo como de tres varas de largo. Esos faroles tenian adornos de flores. Tras del carruaje caminaba otro hombre llevando la voz en un rezo, que repetían las gentes que se agregaban en el tránsito.

Cuando el Viático pasaba por un cuartel salían dos soldados y un cabo de la guardia á darle la escolta de honor, y lo acompañaba hasta que pasando por otro cuartel salía otra de éste á relevarla, y si no se daba este caso, entonces la primera seguía con el Viático hasta dejarlo de vuelta en la Parroquia. Todo esto estaba así prevenido por la Ordenanza General del Ejército. También al pasar frente á un templo, las campanas tocaban á Viático desde que se descubría la estufa hasta que se perdía de vista.

La administración del Sacramento de la Eucaristia á enfermos ricos, era una procesión lujosa. La familia del paciente invitaba á sus amigos y á gran número de personas para que concurrieran alumbrando al Viático con velas de cera, desde la Parroquia hasta la casa del enfermo. En la alcoba de éste se preparaba un elegante altar; la casa se llenaba con las familias amigas que esperaban al Viático con luces y flores; y en el trayecto acompañaba á la procesión una música militar tocando piezas marciales. También iban cantores para responder al sacerdote en los cán-

ticos respectivos. Esas administraciones eran todavía de más rango cuando el sacerdote que llevaba el Viático, en lugar de ir en la estufa, iba bajo de palio, y en vez de que lo acompañaran los acólitos, hacían los oficios de éstos otros dos Ministros del altar.

El Domingo llamado del Divino ó Buen Pastor, lo destinaba la Iglesia para que el Viático visitara á todos los enfermos de la ciudad y de los hospitales, aunque no estuvieran enfermos de muerte. Desde la víspera empezaban los vecinos á adornar las fachadas de las casas; el domingo amanecía la ciudad alegremente engalanada; las puertas, ventanas y balcones, cubiertos con cortinas, de las canales pendían gallardetes ó lazos con flores, de los pretiles de las azoteas, carrizos verdes y banderolas, y en las cornizas de las puertas y ventanas y á la orilla de las banquetas, colocaban las más bonitas plantas que adornaban los patios de las casas. Este día salía el Viático en la estufa de lujo; mucha gente alumbraba con velas de cera, y los faroles muy adornados, algunos niños regaban flores en las calles, una música militar acompañaba la procesión y tras de la estufa marchaba una compañía de infantería. Salía el Viático á las ocho de la mañana y volvía á la Parroquia á las doce, para salir otra vez á las cuatro de la tarde, hasta las ocho ó nueve de la noche.

Seguía después la lujosa procesión de Corpus Christi.

Por antigua costumbre se les tenía impuesta á los indios de los pueblos suburbios, y se hacía extensiva hasta los de Soledad, Pozos, Valle de San Francisco, y Santa María del Río, la obligación de poner enramada en todas las calles que anualmente recorría la procesión el Jueves de Corpus Christi, cuyo acto externo religioso tenía lugar entre once y doce del día; pero como la Real Orden de 13 de noviembre de 1812 abolió todo servicio personal de los indios, los de Santa María del Río fueron los primeros que se acogieron á esa disposición, resistiéndose desde el año anterior á hacer ese servicio, ameritando para ello que les era muy gravoso y molesto, porque tenían que comprar la rama, para no despojar de ella á los árboles de sus huertas, tenían que pagar el flete desde el punto donde la conseguían, perdían de trabajar cinco ó seis días que ocupaban en formar y quitar la enramada, y hacían, por último, los gastos indispensables é su manutención y alojamiento

los mismos días que permanecían en esta ciudad. Los indios de los demás pueblos también se negaron ya para el año siguiente á prestar los servicios referidos, lo que dió lugar á que el Intendente consultara con el Ayuntamiento si debía acortarse la estación acostumbrada, reduciéndola á la mitad de las calles que recorría la procesión. El Ayuntamiento, á su vez, lo consultó con el cura y éste manifestó á la corporación, que no habiendo la enramada, la mayor parte de los eclesiásticos se negarían á concurrir á la procesión por no sufrir los ardientes rayos del sol; que por lo mismo, era de sentir que se limitara á salir la procesión por la puerta del costado de la Parroquia, recorrer el atrio y entrar luego por la puerta principal. El Ayuntamiento y el Intendente creyeron inconveniente esa proposición por estar acostumbrado el público á la gran suntuosidad con que esa procesión se verificaba, y estar ya además, repartidas las invitaciones, arreglados los cuerpos de la guarnición que habían de marchar y hechos los gastos de flores, cohetes, y del altar que anualmente ponía en la puerta de las casas reales. Se verificó la procesión á cielo limpio, reduciendo algo su carrera, y desde el año siguiente se colectó limosna para los gastos de la enramada.

En el siglo XIX se le daba ya á esta procesión cierto carácter de seriedad y decencia, pero en los siglos XVII y XVIII participó también de las mojigangas y ridiculeces que los indios agregaban á sus fiestas religiosas con permiso de los curas, y cuya tolerancia contribuyó bastante á que esos actos de culto externo no tuvieran la respetabilidad conveniente, ni entre los mismos católicos que las promovían. En el Corpus salía sobre un juego de ruedas la *Tarasca*, animal monstruo, y sobre ella una joven á quien se llamaba la *Filís*. Salían también los *Gigantes*, armazones de carrizo figurando hombres de elevada estatura; dentro de cada armazón iba un hombre que lo hacía andar al paso de la procesión; los brazos del esqueleto, sueltos y colgantes, los movía el hombre en todas direcciones, haciendo de esto un acto de juego, porque con ellos ofendía á los espectadores. A principios del siglo desapareció de San Luis esa mojiganga, pero siguió en algunas Villas suburbias, lo mismo que otras igualmente ridiculas é irreverentes que se verificaban en los días de la semana mayor, y en los aniversarios de los Santos patronos de los pueblos.

Abolidas las mogigangas de los siglos XVII y XVIII en el segundo tercio del XIX, y substituída la enramada que se ponía en las calles con el lienzo de lona que los cubría del sol, revestía esa procesión un carácter de seriedad y lujo que en San Luis la hicieron notable, lo mismo que el Corpus llamado de la Vela Perpetua al que asistían distinguidas personas de la sociedad. Después del palio, marchaba la comitiva oficial, y tras de ésta la columna militar de honor. En estas procesiones volvía á salir la estufa de lujo que caminaba vacía en seguida de la tropa, sirviendo de cochero y paje, dos de los vecinos principales de la ciudad, vestidos elegantemente.

En las funciones de las Villas suburbias desaparecieron también casi en su totalidad, las danzas y demás actos ridículos que las caracterizaban en los tiempos antiguos; pero se estableció la costumbre en las fiestas de San Francisco, San Juan de Dios, la Merced, y en todas las de dichas Villas, de permitir los llamados jueguitos durante los días del novenario, y como todo lo que es nuevo entre nosotros se acepta con entusiasmo, los dichos jueguitos eran concurridos por todas las clases de la sociedad.

Se veía en ellos á las principales familias al lado de las mesalinas y peladitos, jugando á la chuza, al carcacán, á la ruleta y á la lotería. Hubo una época en que se hicieron notables cinco ó seis bailadoras de fandango por su bonita cara y por su habilidad para bailar el jarabe y otros bailes populares: una se llamaba Tomasa, otra Elena, y otras eran más bien conocidas por sus apodos como «La Bolañera,» «La Codos» y la «Campechana.»

A estas mujeres las contrataban los empresarios de bailes públicos en los jueguitos ó los dueños de puestos de pulque y colonche, y sentadas al lado de los músicos, cantaban canciones populares y se paraban á bailar con el primero que las solicitaba, mediante la propina que acostumbraban darles. En aquel tiempo nuestro pueblo no bailaba como ahora el Shotís y la Polka, todo su baile era jarabe zapateado, la paloma, el corriente, el perico y otros que sería largo enumerar. Todas esas sonatas tenían su canto particular y sus versos especialísimos, y cuando la bailadora creía llegado el tiempo de terminar el baile á que había sido invitada, despedía al compañero con un verso, aquel le arroja-

ba la correspondiente moneda y ambos se retiraban á sus asientos.

Las callecitas que formaban los puestos se veían materialmente henchidas de gente, y en el que cantaba alguna de las bailadoras de fama, se agolpaban los paseantes á aplaudir la agilidad y los bonitos piés de aquella, y á reír con los satíricos, picantes ó colorados versos que cantaba. Los carcamaneros también recitaban al són de los dados, muchos versos del último género, y con todo esto disfrutaba de gran placer nuestra alta y baja sociedad, porque los consabidos jueguitos habían sido inventados en honor del Santo cuyo aniversario se solemnizaba.

Entre los más aceptables que esos tahures rateros recitaban con un sonsonete particular, figuraban éstos:

«Tengo una suerte muy negra,
Decía el Capitán Segovia;
Quise besar á mi novia
Y le di el beso á mi suegra.

Decía mi pasión rendido
A la mujer de Tomás,
Cuando llegó su marido
Y me picó por
El as, el dos, el tres,
Ya está la suerte encerrada
Y la dicha pa quien es.

Las bailadoras tenían también su variada colección de versos, pero éstas tenían algún cuidado para escoger los que habían de cantar conforme avanzaban las horas de la noche. Desde las ocho hasta las diez ú once que paseaban por los jueguitos familias decentes, cantaban versos cuyo sentido pudiera no ofender el pudor de las señoras; pero de la media noche en adelante, que sólo quedaba ya en el paseo la gente de trueno y los calaveras y viejos verdes, entonces se lucían en cantar y dedicar versos deshonestos á sus amigos y pretendientes, acompañándolos con el baile respectivo. Algunos jóvenes aficionados á esa clase de mujeres y á los bailes populares, entraban á esos puestos, y bebiendo y bailando con ellas, pasaban el resto de la noche hasta que les salía la luz del sol.

Algunos de los versos de las bailadoras no carecían de agudeza y de chiste. De entre los publicables recordamos éste:

Una mañana muy fría
No tenía que cobijarme,
Subí al cerro y comí tunas,
Ya tuve con qué taparme.

Pocos años duró la costumbre de que las familias distinguidas que concurrían á las verbenas de los barrios, hicieran extensivo su paseo á las plazuelas donde se situaban los jueguitos. Se apoderó de esa diversión la gente viciosa y la convirtió en teatro de riñas y de escándalos. Por tal motivo las familias se limitaron, como sucede hasta hoy, á concurrir á las visperas y maitines que se verifican en los templos, retirándose luego á sus domicilios. Raras son las que suelen entrar á un puesto á cenar, pero para esto es necesario que ya otras estén en él, y sólo lo hacen en dos ó tres de esas verbenas, á cuyos barrios acostumbra ir muchas familias de la ciudad, pues las de los demás han perdido de tal modo el prestigio, que en lo general se abstiene de concurrir á ellas la gente decente.

FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES EN SAN LUIS POTOSÍ.

III.

De la serie de verbenas de los barrios que he mencionado en el artículo anterior, seguía la de Todos Santos en el centro de la ciudad, pero esta fiesta que durante muchos años fué la principal de San Luis, puede ya considerarse totalmente terminada. Sólo quedan de ella los actos religiosos en el interior de los templos y los recuerdos de las solemnidades profanas en la memoria de los que alcanzamos á verlas.

¿A qué se debe la terminación de esas fiestas con las que tanto gozaban todas las clases sociales y en las que estaban interesado nuestro comercio por el gran movimiento que á todos los giros imprimía la grande afluencia de forasteros? Verdaderamente no se encuentra una explicación satisfactoria.

Empezó á notarse la decadencia de esas fiestas desde que se formó el jardín en la plaza principal. Acostumbrados todos los comerciantes en dulces y frutas á establecer sus vendimias en esa plaza, creyeron que cambiando de local no concurriría el público y perderían en su comercio.